GRAN HOTEL DEL BALNEARIO DE MONDARIZ.

BREVE REFLEXION SOBRE LOS BALNEARIOS

PEDRO LAIN ENTRALGO.

Con genialidad o con adocenamiento, cualquier arquitecto solvente sabe proyectar un bloque de viviendas, un templo, un hospital o una casa de campo a la altura de lo que hoy exigen la técnica y la estética. Situará su mente dentro del sistema de coordenadas que esencialmente la orientan—la función del edificio, el medio a que éste va a pertenecer, los materiales a su alcance—, y pronto dará a luz la planta y el alzado de su criatura. Mayor será tal vez su dificultad si le piden el proyecto de un mausoleo "actual". Y acaso caiga en franca prolijidad si su problema consiste en diseñar un balneario para esta segunda mitad del siglo XX.

¿Es posible un balneario que funcional y estéticamente se halle a la altura de nuestro tiempo? En cuanto institución terapéutica y social, ¿no es el balneario por ventura un ente inexorablemente anacrónico, algo así como una especie arquitectónica en vías de extinción? ¿No es cierto que la anatomía y la estética de los balnearios parecen hallarse fijadas para siempre en la época a que terapéutica y socialmente pertenece su máximo esplendor, la *belle époque*? Ahí están Vichy, Baden-Baden, Spa, Karlsbad, Montecatini, Cestona. Sus edificios—termas, casinos, hoteles—, ¿son imaginables sin el decoro entre opulento y melancólico que todavía les concede la arquitectura de sus años más dorados? En suma: ¿será empeño inviable el de realizar a través de un balneario el espíritu de la *Bauhaus*? Una reciente experiencia personal ha hecho que todas estas interrogaciones me vinieran más de una vez a las mientes.

Durante dos veranos, y sin que mi hígado o mis articulaciones hayan exigido—tocaré madera—el calafateo del agua depurativa o del emoliente lodo, he sido huésped voluntario de un importante balneario español. Además de temperatura soportable y médico oreo, yo buscaba en él lo que nuestras playas, esos pululantes zocos de buscadores de sol, apenas pueden dar ya: un ambiente discretamente aburrido, en el que cierta humilde y ambiciosa meta de fray Luis de León—vivir con "las horas situadas"—fuese para mí realidad cotidiana. He visto un balneario desde dentro. He contemplado de cerca las esperanzas y los pasos de los agüistas por necesidad o por vocación. Y en medio de una arquitectura que cuando quería ser noble mezclaba sin pena ni gloria el neoclásico y el modernismo, he tenido ante mí una actualísima realidad humana: el enfermo forzado a incorporar una dolencia crónica y soportable a su vida habitual, menesteroso de una pausa en el largo rosario de pócimas y exploraciones a que de ordinario se halla sujeto y lúcida u oscuramente movido a la esperanza por la virtud conjunta del nombre, la composición química, las estadísticas y el viejo prestigio popular de unas aguas medicinales.

Realidad actual, porque actual es, como pocos, el problema de la enfermedad crónica, dentro de un marco estéticamente trasnochado. He aquí, pues, una posible tarea para los arquitectos de nuestro tiempo: crear el ámbito en el que una muy determinada función médica y social—la de proporcionar a unos hombres dolientes y esperanzados esa delicada mixtura cotidiana de reposo, soledad, convivencia y diversión que allí necesita su vida—pueda ser eficaz y gratamente cumplida; lograr para el agüista de hoy lo que con sus inéditos templos logran a veces para el creyente quienes los diseñaron; evitar, en definitiva, que los viejos balnearios vayan siendo poco a poco, en cuanto edificios, posibles escenarios fantasmales de cintas como "El año pasado en Marienbad".

Pero en este tiempo nuestro, ¿existe la posibilidad de que a un arquitecto le encarguen el proyecto de un balneario? No sé. No sé.